

LOS HEREDEROS DEL DESASTRE

IRAS el largo paréntesis de las guerras civiles y las dos campañas al desierto (eufemismo utilizado todavía hoy para designar a dos expediciones militares cuya finalidad esencial consistió en despojar de sus tierras a los indios), hacia fines del siglo pasado, una oligarquía imaginativa y progresista se dedicó a forjar un país que se ajustaba maravillosamente al entramado político y económico del Imperio británico. La Reina Victoria le dedicó palabras de sincero afecto, y durante décadas, los políticos conservadores se enorgullecieron de haber introducido la civilización en el Río de la Plata.

Este modelo de desarrollo nacional, vigente desde 1880, encontró quizá el más claro de sus símbolos en el trazado de los ferrocarriles argentinos. Eran seis, y dibujaban la forma de un embudo que iba a desembocar en Buenos Aires. Eran los ferrocarriles construidos por las compañías inglesas, cuando la Argentina parecía dispuesta a aceptar ya para siempre su destino de granero del mundo, o, para ser más exactos, de tres o cuatro países europeos. La función de estos ferrocarriles era simple: recoger los granos y las carnes (u otras materias primas) del interior y depositarlos en el puerto, donde la burguesía comercial se encargaría de despacharlos hacia Londres o Amberes.

Cuando la oligarquía conservadora debió entregar el poder político al radicalismo, en 1916, básicamente el esquema no sufrió ninguna alteración. El radicalismo era un movimiento de origen urbano, expresaba los deseos —y también las frustraciones— de la clase media, y el liberalismo universal de sus hipótesis le permitió incorporar rápidamente a su electorado a toda la dispersa humanidad arrojada al Río de la Plata por el aluvión migratorio.

Contaminado por los vicios tradicionales de la politiquería criolla, el radicalismo en el poder se contentó con llevar a cabo una serie de reformas puramente formales que apuntaban más a reordenar la realidad que a transformarla. La restauración de 1930, año del golpe militar que derrocó a Irigoyen y que inicia la inabarcable sucesión de cuartelazos de la Argentina moderna, vino a de-

volver al país a quienes le habían dado forma y habían acabado por identificar su destino con el suyo propio. Quince años después del derrocamiento de este líder anciano y casi ciego, el 17 de octubre de 1945, una movillización popular sin precedentes arrancaría de la cárcel al entonces coronel Juan Domingo Perón para llevarlo poco después, en 1946, por primera vez a la Presidencia de la República.

Quizá convenga distinguir entre dos hechos que, aunque contribuyeron por igual a dar una fisonomía al período peronista, en realidad tienen un origen completamente distinto. Por un lado, el peronismo marcó la inserción

de la clase obrera en los procesos de gestación del poder político, la llevó a intervenir en él. Por otro, Perón trató de preservar el esquema de la economía colonial, aplicando paliativos y no soluciones, hasta que el desmoronamiento del Imperio inglés después de la segunda guerra vino a cancelar una realidad ideal que ya no se correspondía para nada con el lenguaje de los hechos.

La Argentina había vivido casi un siglo de progreso ininterrumpido, y la fórmula de este progreso era simple y parecía eterna: «De aquí salían el trigo, la carne, el lino que el resto del mundo nos compraba —escribe un historiador—; del exterior venían las

manufacturas, el combustible, las máquinas que nosotros precisábamos. Con esa base se había ido formando un país de fisonomía europea, afirmado en una extensa clase media y cuya fluidez social se reflejaba en el alto número de inmigrantes enriquecidos. Un país con un satisfactorio nivel de alfabetismo, bien alimentado, donde abundaba el trabajo y había oportunidades para todos».

No obstante, la Argentina de aquellos años se orientaba en una dirección alarmante para la oligarquía agropecuaria. El país, nacido y conformado como una Arcadia pastoril, empezaba a industrializarse, y con la industrialización comenzaba ese éxodo de gente de la campaña hacia las ciudades que habría de generalizarse durante la década peronista. En 1945, más de la mitad de la población vivía en el campo; hoy, ya casi un 80 por 100 habita en las ciudades. En el interín había de producirse una violenta colisión entre dos mentalidades que hasta entonces habían carecido de posibilidades eficaces de comunicación.

El desencuentro era inevitable. Se trataba de dos mundos diferentes. Un estuario pequeño, superpoblado, dinámico, firmemente homogeneizado por su vocación europea, se contraponía con un *hinterland* enorme, despoblado, estático y empobrecido, que aún no había acabado de descubrir su vocación latinoamericana. Era la típica configuración que a lo largo de la Historia define la lucha entre Buenos Aires y el interior, entre unitarios y federales, entre liberalismo y caudillaje. Apenas si unas pocas ciudades, como Rosario o Córdoba, alcanzaban a romper la invariable monotonía de la pampa. Más abajo, la Patagonia era un helado desierto, un enorme vacío casi totalmente inexplorado.

Con las primeras migraciones hacia las ciudades, y especialmente después de la caída de Irigoyen, durante ese período de la restauración conservadora que va de 1930 a 1943, y que el lenguaje popular ha bautizado con el expresivo rótulo de «década infame», comienzan a surgir los primeros grupos nacionalistas, e irrumpe en la política criolla una palabra que había de hacer for-



Fue por intermedio de Evita como Perón llegó a establecer con las masas un contacto apasionado y altamente emocional.



A diferencia de Evita, que siempre proclamó orgullosamente su origen popular, hubo en Perón un permanente e incluso inconsciente deseo de tergiversar su propia biografía. En la foto, Perón y Eva Duarte, en 1952, poco antes de que el general prestase juramento para su segundo mandato.

Juan Carlos Curutchet

tuna: *vendepatrias*. Quizá convenga detenerse en este hecho aparentemente anecdótico para llegar a comprender ciertas contradicciones que marcarían al peronismo desde el principio y que años después habían de conducir al fracaso.

El nacionalismo argentino padeció tradicionalmente una grave deficiencia: su falta de proyección hacia el futuro. Se caracterizó siempre más por la defensa de un patrimonio real o supuestamente amenazado, que por su inclinación a las soluciones radicales e imaginativas. Básicamente, las corrientes nacionalistas argentinas no contemplaban la eventualidad de una multiplicación de las riquezas. Dando por sentado que las existentes eran más que suficientes para garantizar el desarrollo nacional, no cuestionaban el esquema de la economía colonial, sino la distribución de la riqueza en su interior.

De este modo, sus banderas políticas llegaron a identificarse con un exaltado estatismo. Su consigna era simple: nacionalizaciones. En aquella época, la noción de capitalismo de Estado era prácticamente desconocida, y toda nacionalización suponía una conquista de carácter ambiguamente socialista. Quizá este equívoco esencial fue lo que contribuyó a dar sus características más des-

concertantes al fenómeno peronista.

En 1946, la Argentina atravesaba por una época de prosperidad sin precedentes. Inglaterra, para no citar más que un ejemplo, le debía 1.700 millones de dólares, acreditados por los envíos de materias primas y productos alimenticios durante la guerra. La hambreada Europa de posguerra aseguraba la colocación de todos los cupos exportables de carne y trigo. La industria improvisada durante la guerra no sentiría, al menos por el momento, el impacto de la competencia extranjera, ya que Europa también tardaría en recuperarse y lanzarse a la reconquista de sus antiguos mercados.

La situación era envidiable bajo muchos aspectos. La población se mostraba optimista, no había desocupación, los salarios eran relativamente elevados y el Gobierno podía disponer un orden de prioridades en las inversiones con absoluta libertad. No obstante, la mentalidad del Gobierno parecía estar profundamente dominada por las viejas obsesiones nacionalistas, y Perón desaprovechó estas circunstancias, que le brindaban el plazo justo para llevar a cabo una profunda transformación y acabar para siempre con la conformación agroimportadora de la economía nacional.

La abundancia de recursos per-

mitió poner en pie un sistema de engañoso desarrollo basado en condiciones de abundancia, alto consumo, plena ocupación y vastos saldos exportables. Pero el éxito de esta política dependía claramente de una coyuntura favorable, y no tenía posibilidades de prolongarse durante mucho tiempo. En un momento de entusiasmo, en 1946, Perón había afirmado que en el Banco Central había tanto oro, que no se podía caminar por sus pasillos. Un año después, estas reservas se habían reducido en un 32 por 100, y hacia 1949, el país, con las arcas exhaustas, ya había incurrido virtualmente en una total cesación de pagos.

La explicación de este agotamiento de las reservas no parece difícil. El Gobierno compró los ferrocarriles británicos en febrero de 1947 y tomó posesión formal de ellos el 1 de marzo de 1948. El desarrollo de la nueva Argentina exigía ya por entonces la incorporación al servicio de transportes de una nueva red de caminos, complementaria de la ferroviaria. Convencidos de que el futuro pertenecía a la industria automotriz, los ingleses habían dejado de renovar el material ferroviario quince años antes, y cuando el Gobierno argentino se hizo cargo de la empresa, se encontró con una infraestructura

envejecida y una explotación antieconómica. El funcionamiento de los ferrocarriles había de costarle al Estado en los diez años siguientes una suma que, según algunos economistas, ascendería a 2.000 millones de dólares.

La medida resultó reconfortante para los sectores nacionalistas y fue recibida con euforia por la clase obrera. Todos los críticos de esta operación recibieron el epíteto de *vendepatrias*, y la fiebre de las nacionalizaciones alcanzó su clímax. Teléfonos, empresas de electricidad, etcétera, docenas de compañías pasarían en estos años a poder del Gobierno. Estas nacionalizaciones —por las cuales nunca dejó de pagarse la correspondiente indemnización— tuvieron consecuencias alarmantes a corto plazo. Las fundamentales fueron el agotamiento de las reservas y el desencadenamiento de una fuerte tendencia inflacionaria que se percibía desde 1945.

Podría decirse que Perón halló la forma de gratificar el nacionalismo de su pueblo sin cambiar para nada la situación, ya que la única diferencia consistió en el traspaso de estos monopolios de manos privadas a manos del Estado. La abundancia de medios permitió durante algún tiempo la práctica de una justicia social que en realidad tenía mucho de beneficencia a gran escala. Este furor nacionalista culminaría con la creación del IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio), un monopolio estafal cuya burocracia había de centralizar en lo sucesivo la exportación de cereales.

En 1952, al concluir su primera Presidencia, Perón se encontró con una situación que lenta pero seguramente evolucionaba hacia el desastre. Hubo un espectacular desarrollo de la industria liviana, nacida durante el aislamiento de la segunda guerra, y que sobreviviría más tarde a la competencia extranjera gracias a un generoso régimen de subsidios estatales. De 85.000 establecimientos industriales en 1946, se había pasado a 145.000 en 1954, aunque el número de obreros que trabajaban en ellos continuó oscilando en torno al millón. Este aparente crecimiento, lejos de asegurar la independencia económica, contribuyó a aumentar su vulnerabilidad, ya que tendía a multiplicar constantemente el volumen de las importaciones de materias primas, energía, acero, combusti-

LOS HEREDEROS DEL DESASTRE

bles, etcétera, exigencias que pesaban cada vez más sobre la balanza de pagos y situaban a la economía en una relación de dependencia cada vez más acusada.

La objeción económica fundamental que se puede formular a la primera Presidencia de Perón es la imprevisión con que se encaró el problema de la renovación del utillaje industrial y la infraestructura de servicios. La Argentina contaba en 1943 con 61.050 kilómetros de caminos; increíblemente, doce años más tarde, al caer Perón, había 60.185. Este deterioro de la infraestructura vial, sumado al creciente abandono de los ferrocarriles, dieron como resultado una progresiva desarticulación de las comunicaciones, que hacia 1955 ya se encontraban al borde del colapso.

La política de Perón podría así definirse como una experiencia nacionalista que en vez de orientarse hacia las transformaciones de carácter socializante, tomó un marcado cariz populista. Estos rasgos acompañaron siempre al peronismo. El éxito de esta política se apoyó desde un principio en las cualidades excepcionales de Perón, único líder político argentino que acertó a plantear las formulaciones más abstrusas en un lenguaje asequible para las masas.

Con el paso de los años, y a medida que el deterioro de la economía se agravaba, también se agudizó la tendencia de Perón al empleo de una oratoria demagógica e inflamatoria, cuyos destinatarios seguían siendo los *vendepatrias* de la oligarquía conservadora. Pero Perón incurrió en el error de asociar a estos círculos antinacionales, indiscriminadamente, a todos aquellos que se atrevían a discrepar con su política.

Durante años, la Argentina vivió al borde de la guerra civil, en una atmósfera profundamente envenenada y casi rocambolesca, donde todos los fracasos resultaban explicados a la luz de misteriosas conspiraciones y sabotajes. Con la muerte de Evita, el peronismo comenzó a disociarse cada vez más claramente de su origen popular y obrero y a caer bajo la conducción de una nueva burguesía comercial e industrial, que en los hechos no era más que un grupo de financieros y burócratas enriquecidos por el contrabando y los negociados.

Al caer el peronismo, en 1955, la clase obrera interpretó el dismantelamiento de las numerosas empresas del Estado como un paso hacia la entrega de la economía a la voracidad de los monopolios. La clase obrera intuyó el carácter de la crisis, pero no llegó a ver con claridad en ella, y, en todo caso, ya la situación había

cobrado el aspecto de un enfrentamiento entre dos sectores igualmente fanatizados que excluían la posibilidad de las evaluaciones realistas y ponderadas.

Perón había humanizado el Estado, lo había convertido en patrimonio formal de los trabajadores. Había instituido mecanismos de participación, que aunque en la práctica nunca o rara vez funcionaron, sirvieron para alimentar el optimismo de sus partidarios. Perón provenía de las clases populares, a semejanza de Evita, hija ilegítima de un acaudalado estanciero que nunca quiso reconocer su paternidad. Pero a diferencia de Evita, que siempre proclamó orgullosamente su origen popular, hubo en Perón un permanente e incluso inconsciente deseo de tergiversar su biografía, seguramente con la inconfesada intención de «enoblecer» su pasado.

Evita abrigaba contra las clases adineradas un resentimiento

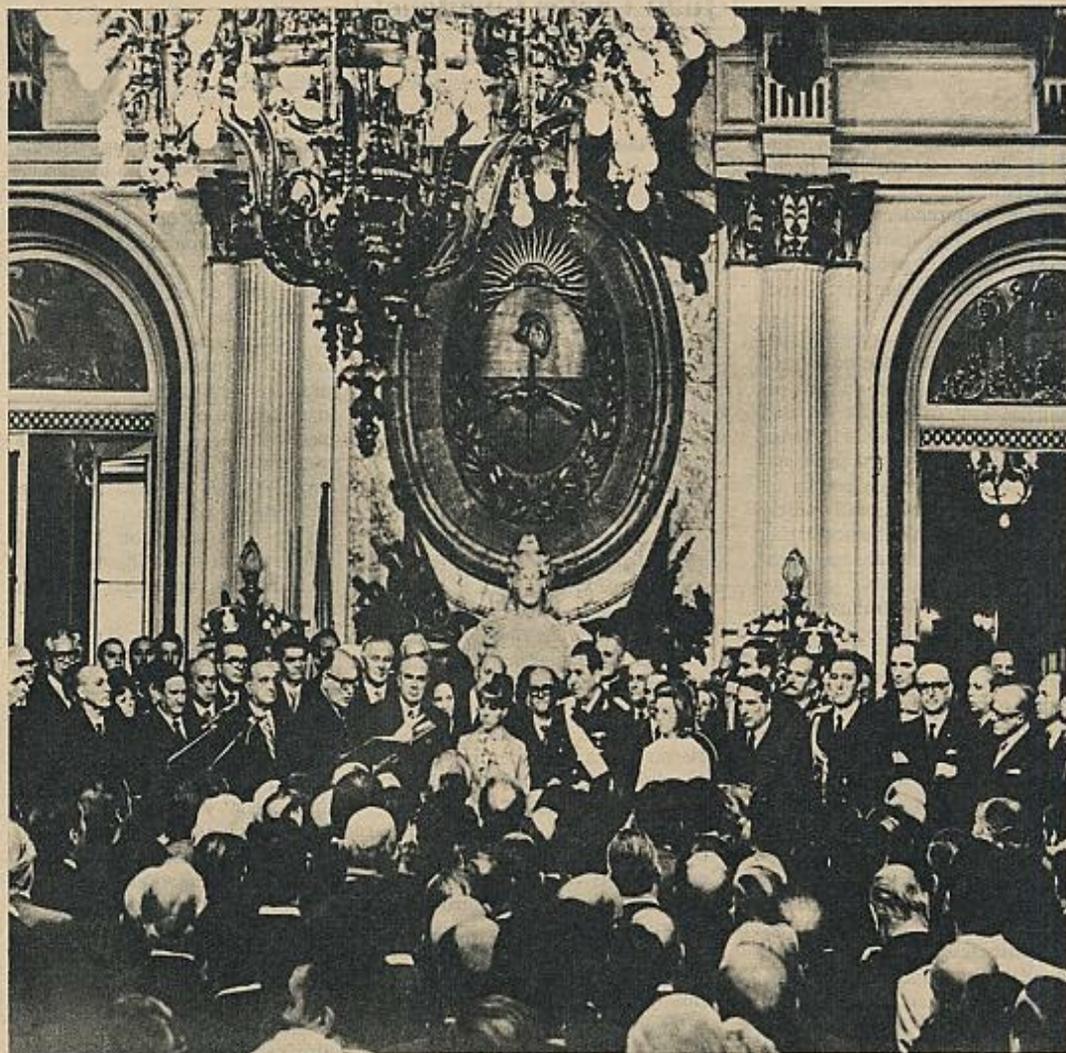
inextinguible, y fue por su intermedio como Perón llegó a establecer con las masas un contacto apasionado y altamente emocional. La paradoja consistió en que la masa peronista convirtió a Evita en la más alta encarnación de sus aspiraciones, y en que ella, a su vez, guardó a Perón un agradecimiento sin límites por haberla arrancado de la miseria para dotar a su precario destino de extra de cine de una proyección política de corte mítico. Evita era, como había de definirla uno de sus detractores, «la quinta columna de los grasas en el poder».

Su muerte representó un duro golpe para el peronismo y tuvo consecuencias fatales para el propio Perón. Desaparecida la «vigia de la revolución», Perón se embarcó en una vida de disipación y frivolidad que habría de minar eficazmente las bases de su poder.

El paso del peronismo a la

clandestinidad significó un golpe de muerte para la burocracia y sirvió con los años para estimular una democratización de las organizaciones partidarias y sindicales. Un teórico brillante, John William Cooke, se dedicó a replantear el análisis de un proceso que él consideraba como viciado ya en sus orígenes, y esta línea de autocrítica dio lugar a un vasto movimiento de heterodoxia apoyado más en la herencia ideológica de Eva Perón y Cooke, que en la vida y milagros del anciano líder. Según los nuevos heterodoxos, el peronismo había fracasado al plantear el objetivo de la liberación nacional como una abstracta afirmación de la soberanía política, despojada de un contenido real.

Durante los dieciocho años de su exilio, la situación había sufrido un vuelco significativo. Las masas habían carecido en 1945 de una conciencia política que les permitiera racionalizar las al-



Perón y su esposa, Isabel Martínez, juran sus cargos como Presidente y vicepresidente de la nación argentina.



Perón, con Héctor J. Cámpora, a cuyo dinámico equipo el general iba a alejar poco a poco del poder.

ternativas del proceso. La función cohesiva de la ideología se había visto así suplantada por la unidad en torno al líder. Al igual que en otros movimientos de liberación del Tercer Mundo, el carisma había suplido las deficiencias de la organización. Pero especialmente durante los años finales de la lucha contra la dictadura militar se había producido una politización vertiginosa de los sectores populares, y a medida que esta politización fue ganando terreno, comenzó a debilitarse el mito de la verticalidad. El carisma había cedido ante el avance de nuevas formas de organización.

De regreso en su país, Perón debió enfrentarse con una constelación de organizaciones que, sin llegar a la ruptura con él, no estaban dispuestas a aceptar un liderazgo sin condiciones. En realidad, Perón se halló ante una doble opción: el peronismo nacionalista tradicional, intoxicado de consignas populistas y en los hechos aliado con otros factores de poder, y el nuevo peronismo de la década del setenta, con una perspectiva socialista y una firme determinación de no repetir los errores del pasado. Así como sus Gobiernos anteriores habían sido de cohesión y autoritarismo, pasivamente aceptado por las masas, su tercera Presidencia se caracterizó por un clima de recelos mutuos, disputas por la conducción, estallidos de violencia, crisis de desabastecimiento, secuestros y asesinatos.

La Argentina, resuelta a enfrentarse con su viejo dilema histórico, había votado al anciano líder, como símbolo de reconstrucción y democracia. No obstante, muy pronto los hechos se encargarían de desvanecer esta ilusión. Los constantes choques de Perón con la juventud de su propio mo-

vimiento cobraban un nuevo aspecto. Políticos realistas como Cámpora y Solano Lima vieron en esto algo más que un enfrentamiento entre derechas e izquierdas, entre populismo y socialismo. En efecto, visto bajo otra perspectiva, el conflicto asumía el carácter de un choque entre dos peronismos históricamente distintos: el que llevó a Perón al desastre en la década del cincuenta y el que lo devolvió al poder en 1973. Se trataba, según esta hipótesis, de la manifestación política de un problema generacional.

El error final de Perón consistió en optar frente a la juventud militante por la gravosa herencia de la politiquería criolla. Comenzó lo que se ha denominado el «vaciamiento intelectual» de su Gobierno. El dinámico equipo de Cámpora fue sustituido por docenas de burócratas, cuya incompetencia corría pareja con su proclamada obsecuencia. El mito se volvía contra sí mismo: Perón se hallaba prisionero de su propia imagen, proyectada sobre una Argentina ideal que era ya sólo un espectro del pasado.

Muerto Perón, todos los argentinos se congregan para rendirle un último homenaje, aunque la sinceridad de éste quede subordinada a las exigencias de la estrategia política. Todos han comprendido la imposibilidad del movimiento para sobrevivir a su líder. Cuando aún no han concluido las ceremonias del funeral, todo un país reintegrado al dinamismo del tiempo histórico se apresta a disputarse sus despojos. La Argentina ha entrado en un compás de espera, donde la incertidumbre actual no hace más que presagiar un período de renovada violencia. Sólo una cosa parece cierta: la gravedad de la hora requiere algo más que los sollozos de una vicepresidenta. ■ J. C. C.

FRANCIA

El ORTF, atomizado

Es cierto que el ORTF es un monstruo de 17.000 empleados difícil de controlar, que el público francés estaba exasperado por la repetición de huelgas que le privaban de fútbol (¡en el Mundial!), de seriales de «Kung-Fu» (también aquí) y de canciones de Mireille Mathieu; todo el mundo sabe que los capitales privados están al acecho del fabuloso negocio que supondría la producción de los programas de televisión, que en el seno del nuevo Gobierno hay partidarios de la «privatización» del organismo estatal que es el ORTF... Que era, pues el ORTF dejó de existir.

Lo más que se esperaba de la discusión del problema endémico del ORTF en el Consejo de Ministros el miércoles pasado era una reforma limitada, como en otras ocasiones. Resultó una bomba y una revolución: el ORTF será sustituido el 1 de enero de 1975 por siete sociedades estatales, independientes y competitivas. El proyecto de ley será presentado a la Asamblea Nacional en septiembre. Mientras tanto, los partidos políticos, el público, los empleados del ORTF y sus Sindicatos tienen tiempo para reponerse del choque recibido, y, tal vez, adoptar una actitud coherente.

La bomba del Gobierno es, en efecto, de una habilidad extrema, y será dirigida «a todos los azimuts». Contra el UDR, para quien el ORTF constituía una fortaleza inatacable: durante quince años, los ministros gaulistas fueron colocando a su gente, y se han ido formando estratos jerárquicos no siempre productivos, pero políticamente activos. Ahora, el Gobierno nombrará a los directores de las siete sociedades. Es de creer que el UDR tendrá un porcentaje mínimo. Bomba contra los Sindicatos, extremadamente potentes hasta ahora en el ORTF: con la división del gran bloque en siete unidades independientes se atomiza el movimiento sindical y ya, de hecho, surgen las primeras disensiones entre diversas categorías profesionales. Tanto más cuanto que —y ésta es otra bomba— el proyecto no prevé (aunque lo deje planear como una amenaza) la entrada masiva de los capitales privados.

En la Casa de la Radio (el «Gruyère» le llaman aquí, por su forma redonda, sus pasillos laberínticos y su función, en muchos casos únicamente nutritiva), la perplejidad ha reemplazado al temor de ayer. Nadie sabe qué pensar ni a qué santo fiarse; si aceptar el plan gubernamental o ponerse a defender el estatuto actual al lado de los Sindicatos, pues si todo el mundo admira la habilidad del Gobierno, nadie duda que se trata del primer paso hacia la entrega del ex ORTF a los intereses privados. Ya el primer ministro, Jacques Chirac, advierte que es «la última oportunidad» para mantener a la radio y la televisión estatales, y a la vez se introducen en el proyecto puertas de entrada para el gran capital: las sociedades que se estructuran (tres para cada una de las cadenas de televisión, una para la radio, otra para las emisiones hacia el extranjero, una para la producción y otra para la difusión) podrán encargar programas y trabajos al exterior. El proyecto impone también las nociones de rentabilidad y de competición entre las cadenas, lo que parece aberrante a la mayor parte del personal: «La privatización avanza bajo la máscara del servicio público —explica Edouard Guibert, dirigente sindical de los periodistas—; se trata de una decisión política, de una elección de civilización. Sea cual fuere el vestido con que nos presentan las nuevas estructuras, es la condena de la política cultural y el triunfo del mercantilismo».

En realidad, nadie puede hacer más que un proceso de intenciones al Gobierno. Muchos piensan que el proyecto, de ser sincero, sería una solución a los problemas del ORTF. Pero ya circulan rumores de listas de despedidos. Se habla de cuatro mil personas... ¿La huelga? Ahora, en verano, sería inoperante e impopular; será en la «rentrée» de septiembre, si no se producen otros movimientos sociales. Por el momento, el ORTF (Organismo de Radio y Televisión de Francia, por ahí tenía que haber empezado), queda roto en siete pedazos, esperando quien los recoja. ■ RAMON CHAO.

El ORTF es un monstruo de diecisiete mil empleados, difícil de controlar. En primer plano, la Casa de la Radio. Al fondo, la torre Eiffel.

